

## Hugo Brehme

### José Ortiz Monasterio

*El arte fotográfico de Hugo Brehme impresiona por la perfección de sus láminas, al punto que hace creer que uno está viendo "la" fotografía del acueducto de los Remedios y no una foto más. La luz, el ángulo, la composición son técnicamente perfectas.*

Y por eso en cierta forma son algo más que humanas, son olímpicas: no hay accidentes, ni contingencias, es un mundo ordenado por la mirada.

Al mirar ahora estas fotos viejas se tiende a pensar que retratar al país era algo tan novedoso como la técnica fotográfica, pero viene de muy atrás. La pintura, el grabado y más tarde la litografía habían sido utilizados durante mucho tiempo para dar a conocer imágenes de México. Por eso algunas fotos de Brehme dan la impresión de *déja vu*: ese calendario azteca, en ese preciso ángulo, ya lo habíamos visto; la fuente del Salto del Agua es tal cual la recordamos; el patio del convento de La Merced es el mismísimo que aparece en litografía en *México a través de los siglos*. Es claro lo obvio: a ciertos ángulos se les saca mejor partido y por eso tienden a repetirse. Pero creo que en Brehme sucede otra cosa, sucede que el autor renuncia a toda pretensión de originalidad, minimiza en apariencia su intervención en la obra para que el objeto luzca tal cual es. Esto, llevado al extremo, es imposible, pues ¿quién puede decidir cuál es la manera correcta de retratar a un indio? Para Brehme la respuesta parece ser clara: la tradición. Me parece, en consecuencia, que su originalidad radica en poner su técnica asombrosa al servicio de una tradición mixta, rica y compleja, que aclimata su ser europeo en la peculiar manera de ser mexicano. Por eso el nacionalismo es un tema central en su obra.

Quizá el caso de sus paisajes sea el más ilustrativo. No representan una escena campirana cualquiera, sino que son paisajes característicos de México; no son simplemente plantas las que se ven ahí, sino palmas, bananos, ahuehuetes o

magueyes. Actualmente pensamos en términos de ecosistemas y casi hemos olvidado la asociación que existía entre una nación y sus paisajes. Pero hubo un tiempo en que la naturaleza fue una fuente de inspiración fundamental para quienes querían construir la identidad mexicana. Por eso en el siglo XIX su poema al Popocatepetl le sacó canas verdes a Luis de la Rosa. Por eso Guillermo Prieto dedicó tantos poemas a la naturaleza.

Y es que la descripción del paisaje era algo estratégico, una manera de apropiarse de un territorio que se conocía poco y mal, y también una manera de ser distintos al incorporar a la literatura voces como *yoloxóchil* y *cacomite*; esto era una audacia enorme. Hugo Brehme pertenece, a mi modo de ver, a esta corriente estética del nacionalismo romántico. Un poco a destiempo, tardíamente, es cierto, quizá porque el nacionalismo tiene la virtud del anacronismo, o más probablemente porque había un mercado para fotos *típicas* de México.

Los límites de esta estética resultaron claros en el concurso fotográfico organizado en 1927 por la compañía cementera La Tolteca. Brehme participó con una amplia vista de la fábrica que mostraba los alrededores rurales y un bucólico rebaño de ovejas: la modernidad en armonía con la naturaleza. Por su parte Manuel Álvarez Bravo, quien fue el ganador, hizo la foto que ya se conoce del muro y el montón de grava: luz y geometría, nada más. Y es que en el jurado había jueces como Diego Rivera que sabía reconocer la nueva estética a la cual consideraban superior al naturalismo tradicional.

En las décadas de los veinte, los treinta y después, el nacionalismo fue una de las vertientes vigorosas de la fotografía. Y esas generaciones aprendieron mucho de la manera en que Brehme miró a México: con la perfección de una tarjeta postal. Me pregunto cuándo comenzó a tener un sentido peyorativo esta expresión. No en la época de Brehme.